

MEGAN MAXWELL

LAS RANAS TAMBIÉN SE ENAMORAN



*Las ranas también
se enamoran*

Megan Maxwell

© Megan Maxwell, 2011
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Julien Tromeur – Shutterstock
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-16277-3
Depósito legal: B. 3.228-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



—... Seis..., cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno... ¡FELIZ AÑO 2010! —se oyó por los enormes altavoces de la sala de fiestas de Madrid.

Las serpentinas de colores volaban. La gente gritaba, se besaba, se abrazaba y sonreía, mientras la música brasileña sonaba a todo trapo y el populacho bailaba en plan trenecito.

«Checheche..., chechechecheche..., chechechecheche..., chechechehehehehehehehehehehe...»

—¡Qué marcha, por Dios! —rio Marta al ver a sus amigos bailando al ritmo de los sonidos caribeños.

Patricia, una alocada castaña de ojos marrones, se acercó divertida y sudorosa hasta ella con dos copas de champán y, entregándole una, le dijo a voces:

—Brindemos porque 2010 sea el año en el que consigamos todos nuestros sueños. Que por fin yo logre conocer a George Clooney y se plante de rodillas ante mí con un pedrusco que haga que el dedo me arrastre. Y tú, que olvides al impresentable del Musaraña y Hugo Silva te conozca y babea por ti.

Aquellos sueños y, en especial, la locura de su amiga hicieron reír a Marta. Chocaron las copas y bebieron. Recordar a su ex, el Musaraña, no le gustó. No le traía buenos recuerdos. Pero, como el ambiente era divertido, miró a su chiflada amiga y sugirió:

—Ahora me toca brindar a mí, ¿no crees? —Patricia asintió, y Marta, levantando su copa, gritó—: ¡Brindemos porque el Clooney te haga salir en el *¡Hola!* con tu enorme pedrusco, porque mi niña siga feliz y, finalmente, porque yo conozca a un latino de ojos, cuerpo y todo lo demás igualito al Silva!

—Tu niña hoy estará pasándosele pipa con los amigos. No te preocupes.

—Lo sé. Pero es el primer año que no pasamos juntas la Nochevieja y me siento extraña —sonrió Marta al pensar en ella.

—Ya era hora, ¿no? —se mofó Patricia mirándola.

Divertidas, volvieron a brindar y a beber, mientras la gente, feliz, bailaba a su alrededor.

—¿Tiene que ser moreno? El Musaraña era moreno y te salió sapo.

—Sí, tiene que ser moreno. Los rubios no son mi tipo. Donde esté un morenazo, de piel curtida por el sol y latino, que se quite lo descolorido.

En ese momento se les acercó un chico de pelo rubio con una taja considerable. Brindó con ellas y, tras decir cuatro chorradas, se marchó.

—¿Lo ves? —dijo Marta—. Rubio... ¡Qué horror!

Adrián, su amigo, llegó acalorado hasta donde las chicas reían y, tras coger una de las copas que había encima de la mesa, cuchicheó:

—No os lo vais a creer, nenas, pero acabo de ligar con el camarero más buenorro de la barra izquierda.

Ambas se giraron con rapidez para mirar.

—¡Por favor! ¡No se os puede contar nada! ¿Queréis dejar de mirar con ese descaró de porteras? Me lo vais a asustar —gritó Adrián.

Divertidas, volvieron a mirarlo, y su amigo, tras beber de su copa, señaló tocando el borde de la barra:

—Sed sinceras: ¿qué os parece?

—Pero si no nos has dejado mirar —se quejó Marta.

—Vale..., primero mira tú y luego ella. Pero con disimulo, por favor, Marta, que no se note que le estás haciendo un escaneo en profundidad —susurró Adrián, resoplando y retirándose su teñido flequillo de la cara.

Con la mejor de sus sonrisas, Marta se volvió y miró al camarero, que atendía a varias personas a la vez. No debía de tener ni treinta años. Era castaño, de pelo largo, cara guapa y, bajo la camisa blanca abierta que llevaba, se vislumbraban unos marcados abdominales. Volviéndose de nuevo hacia Adrián, que no paraba de moverse, susurró:

—Es tu tipo, rey. Jovencito, melenita, aspecto aniñado, tabletas de chocolate... A por él.

—¿Te he dicho que te quiero, Martita? —aplaudió su amigo.

—Sí, Adriancito. Cada vez que digo lo que quieres oír —sonrió ella.

—Ahora miraré yo —dijo Patricia y, volviéndose hacia aquél, tras unos segundos miró a su amigo y preguntó—: Joder, me encanta su pelo, ¿seguro que es gay?

Al oírla, éste abrió la boca y, señalándola con el dedo, aclaró:

—¡Lo he visto yo primero..., so loba! Y por supuesto que es gay.

—Tranquilo..., tranquilo. Yo ya le he echado el ojo a alguien que es más mi tipo —dijo Patricia carcajeándose.

—¿Quién? —preguntaron al unísono Marta y Adrián.

Al ver la expectación causada, Patricia señaló con el dedo a un tipo que, no muy lejos de ella, hablaba y se apretaba el oído para que no se le saliera el pinganillo que llevaba dentro. Era uno de los seguratas de la sala de fiestas. Alto, cuadrado, con el pelo recogido en una coleta y con un traje oscuro que le quedaba como un guante.

—Totalmente tu tipo, reina. ¡Un cachas perdonavidas! —asintió Adrián y, mofándose de Marta, dijo señalando a uno que pasaba por delante de ellos—: Mira, Marta..., ése es tu tipo. ¿A que se parece al Musaraña?

Conteniendo la risa, los tres miraron a un hombre moreno, alto, delgado y con mirada de castigador. Iba agarrado a dos mujeres y, por su actitud chulesca, debía de creerse el rey de la fiesta.

—Oh, sí..., ése es el tipo de hombre de nuestra niña. Escuchimizado pero con algo que gusta. Moreno y con cara de cabrito. —Marta la miró incrédula, y Patricia aclaró—: Aunque, bueno, reconozco que el Musaraña era más guapo que ése.

—Mucho más. Pero bastante más —señaló Marta.

—Sí..., sí..., tienes razón —admitió Patricia, haciéndola reír.

—Uis, nena. Con lo mona que eres y el glamurazo que te gastas cuando te pones, te mereces algo mejor que un simple sapo como el impresentable del Musaraña —dijo Adrián.

Marta iba a responder cuando Patricia se le adelantó:

—Brindemos porque Marta, en 2010, conozca una estupenda rana que le quite *tó er sentío* y que la haga olvidar los asquerosos sapos que ha conocido hasta el momento.

—Ya que te pones, ¡que la rana se convierta en príncipe! —apuntó Adrián.

Incapaz de no sonreír, Marta levantó la copa y brindó. Si algo tenía claro era que no quería volver a sufrir por ningún sapo más.

Capítulo 2



En Sevilla quedaba poco para la semana del Simof, el mayor desfile de talento andaluz, donde se mostraban las últimas tendencias en todo lo referente al traje regional de flamenca.

Los profesionales del sector y también los admiradores se reunían todos los años en la capital andaluza con el fin de enseñar al mundo sus nuevas creaciones en telas, zapatos, pendientes, volantes, mantones y un sinfín de complementos que un vestido flamenco podía llevar.

El taller tienda de Lola Herrera trabajaba sin cesar en esos días. Sus diseños eran muy apreciados por su público, y Lola, junto a su equipo, intentaba que cada puntada estuviera dada en su exacto lugar.

Lola había nacido en Sevilla y crecido entre cosidos, zurcidos y dedales. Su madre, Alba Millán, había tenido un pequeño negocio de costura en la calle Sierpes, y cuando Lola se casó y se marchó a vivir a Madrid, tuvo claro lo que quería hacer. Abrió su propio negocio de trajes de flamenca, al que llamó por su nombre: Lola Herrera.

—No..., no..., no, *siquilla*, ese volante debe llevar una pequeña jareta alrededor —indicó Lola a una de sus costureras.

—Sí, jefa, sí... Pepi ya lo sabe —sonrió Patricia.

Pero, como siempre por esas fechas, Lola estaba agobiada e histérica, y volvió al ataque:

—El vestido de popelina, ¿quién lo está montando?

Al oírla, Adrián cruzó una mirada cómplice con Marta e indicó:

—Vamos a ver, Lola de mis amores y mis entretelas. El vestido blanco y rojo de popelina lo vamos a montar en diez minutos. Danos tiempo, *miarma*. Ya sabemos que los volantes se montan uno por uno y todo lo necesario para que el vestido quede de in-

farto. —Sin dejarla hablar, continuó—: En cuanto a los vestidos de piqué amarillo y azul, y el lila y negro, Yolanda está planchándolos. Han quedado de mil amores. Por tanto, ¡relájate! y no me las pongas *enrabetás*, que luego pasa lo que pasa.

Estaban de trabajo hasta las cejas. Quedaban tres días para el gran acontecimiento y todos tenían los nervios a flor de piel.

—Esa enagua la quiero *armidoná* —exigió Lola sin poder remediarlo al pasar junto a otra de sus chicas.

Marta y Patricia se miraron y sonrieron, mientras Adrián se tiraba de los pelos. Por ello, las muchachas se acercaron a su jefa, la cogieron de la cintura y la sacaron del taller. Contagiaba sus nervios a todos y la gente se paralizaba.

—Una de dos, Lola, o te tranquilizas y dejas que trabajemos, o llamo a un taxi para que te lleve a casa —se guaseó Marta—. Si sigues así, al final me veo poniéndote una pastillita debajo de la lengua.

—Ay, *miarma*, ¡qué sofocón que llevo por *tó* lo alto! —resopló aquélla.

—Lola..., Lola..., que, si sigues así, en tres días no vamos al Simof. Estaremos en tu entierro. Y, perdona que te diga, jefa, pero con todo lo que estamos currando, sería una pena no presentar nuestra alucinante colección —rio Patricia dándole un vasito de agua.

—¡Gamberra! —sonrió Lola al oírla.

En ese momento se abrió la puerta del taller y apareció Adrián con la mano en la sien, gritando enloquecido:

—¿Por qué? ¿Por qué no seré taquillero de cine en vez de meterme en estos berenjenales? ¿Pues no me dice ahora la modelucha del tres al cuarto de la cordobesa que a ella le gustan más los vestidos que hemos seleccionado para la de Jaén? ¡Es para matarla! —Y, mirándolas, señaló—: Si la envidia fuera tiña, ¡*tós* tiñosos perdidos!

Las mujeres lo miraron pero no le hicieron caso. Adrián, al igual que Lola, perdía la paciencia cada año con todo el mundo. Esta vez fue Marta quien le dio un vasito de agua. Y, tras suspirar, le pasó la mano con comicidad por el pelo y le susurró:

—Ya está..., ea..., ea..., ya pasó.

Divertida por el equipo que tenía, Lola se levantó y sonrió. Aquellos tres muchachos eran el alma de su tienda. Sin aquellos tres, nunca nada habría sido lo que era. Gracias a ellos, a su trabajo y a su esfuerzo, año tras año, conseguían deslumbrar en la pasarela del Simof.

—Marta, corazón mío, ¿ya has arreglado todo el tema del estand? —preguntó Lola.

—Sí, ya está todo. He alquilado un estand básico, ya sabes, de 16 m², y todo estará de maravilla, como siempre. Relájate.

—¡Qué arte tienes, *miarma!* —sonrió la mujer—. Yo estoy muy mayor para toda esta jarana. Cada año, esto me puede más.

Adrián, acercándose a ella, le dio con el abanico en el hombro y le indicó muy serio:

—Déjate de teatrillos, jefa, que si hay alguien fuerte y con un par de huevos para llevar esto adelante, eres tú. Por tanto —dijo dándole el bolso—, quiero que te vayas a casa, comas en condiciones y te relajes. Porque mañana nos vamos de viaje y necesito que doña Lola Herrera, la mejor diseñadora de trajes de flamenca, deje pasmadas a todas esas endiosadas que no te llegan ni a la punta del tacón.

Boquiabierta, la mujer lo miró y dijo:

—Mira que me gustas cuando te pones en plan macho.

Eso los hizo reír a los cuatro y relajar tensiones. Diez minutos después, Lola le hizo caso a Adrián. Se marchó para casa y prometió estar descansada para el día siguiente. Los esperaban varios días de buen trajinar.

Tras una mañana de locura, en la que parecía que los había mirado un tuerto, llegó la hora de la comida. Las costureras y aprendizas contratadas para aquellos días se marcharon a sus casas a comer, y en el taller se quedaron sólo Patricia, Adrián y Marta.

—¿Qué te has traído en el táper? —preguntó Patricia.

—Macarrones con chorizo que hice para cenar. Ya sabes, ¡las sobras! —rio Marta—. ¿Y tú?

—Carne en salsa. Por cierto, asquerosa. Cada día cocino peor.

Eso los hizo reír. De todos era conocido que la cocina no era lo de Patricia.

—Uisss, nenas. Pues yo traigo un pollo al ajillo que me preparó ayer mi madre que está para chuparse los deditos y repetir —murmuró Adrián acercándose al microondas que tenían en la parte trasera del taller.

—¡Pollo al ajillo de la Avelina! —exclamó Marta al oírlo—. Qué suerte, por Dios. Mataría por ese pollito.

—Una pringada con un poquillo de pan nos dejarás dar, ¿no? —babeó Patricia.

Todo el mundo sabía que Avelina, la madre de Adrián, era una magnífica cocinera. Divertido por cómo lo miraban, él cogió una bolsa grande y, sacando dos táperes más, anunció haciéndolas chillar como locas:

—¡Anda, tomad! La Avelina ayer me dijo: «Lléales esto a tus nenas, que seguro que te lo agradecerán».

Marta y Patricia enseguida se olvidaron de sus táperes y corrieron a por ello.

—Recuerda que el próximo día que vea a tu madre ¡me la coma! —aplaudió Marta.

—Uy, no, no. Si te la comes, nunca te lo perdonaré —rio Adrián.

Una vez calentaron los táperes en el microondas, se sentaron en unas sillas altas a comer entre risas y cuchicheos.

—Mmm..., qué rico. Esta salsita que hace tu madre... ¡está de muerte! —dijo Patricia, mojando un trozo tras otro de pan.

—¡Qué bueno, por favor! Mmm, los ajitos fritos —saboreó Marta.

En ese momento se oyó el timbre de la tienda. Ninguno se movió. Estaba cerrado; era la hora de la comida. Dos minutos después, volvió a sonar. Ni caso. Diez minutos más tarde, hartos de oír el timbre, Marta se levantó molesta y, aún masticando, fue a abrir. Ante ella apareció un hombre de pelo claro cortado a cepillo y con cara de pocos amigos.

—Está cerrado, ¿no lo ve?

—Disculpe, señorita, pero yo...

—Son las tres y cuarto de la tarde y hasta las cinco no se abre —lo interrumpió Marta y, señalando un cartel, añadió—: El horario comercial está puesto aquí. Por tanto, ¿qué tal si deja de aporrear el timbre y regresa cuando la tienda esté abierta?

El hombre la miró con gesto serio y pensó en los malos modales de aquella mujer. Sin molestarse en contestar, se dio la vuelta y se marchó. Marta, sorprendida, cerró de golpe y, tras volver con sus compañeros, murmuró:

—¿Pues no va el borde del tío y se da la vuelta y me deja con la palabra en la boca?...

—Oh..., el mundo está lleno de impresentables, reina —sonrió Adrián—. Anda, termina de comer y disfruta el momento.

Cinco minutos después, los tres reían ante las ocurrencias que decían, y dos horas más tarde estaban sumidos en la vorágine de finalizar lo que debían llevarse al día siguiente para Sevilla.